

Primera ascensión a la Hermana Mayor de Codés

Por la vía «Pep» directa desde la horquilla.

POR ANGEL LANDA Y PEDRO UDAONDO

Fue PYRENAICA quien dio a conocer la existencia de esta importante zona monolítica, así como su situación e importantes documentos gráficos, haciendo así que los escaladores se fijaran en las Dos Hermanas, principales agujas de esta región. Pero de las dos, la que más atraía por su suprema elegancia era la Hermana Mayor, reina indiscutible de este maravilloso lugar y única aguja que se mantenía virgen en el momento en que nos decidimos a intentar su ascensión.

Después de haber pasado la noche en una cabaña de pastores, nos ponemos en marcha al amanecer, hacia la base de las Dos Hermanas.

El día se nos muestra favorable y nuestro humor es excelente. Subimos calmadamente la pendiente y nos paramos un momento, antes de llegar al punto donde comienza la escalada. Echamos una ojeada a «nuestro» pico. Los ojos se recrean contemplando estas verticalidades y recorreremos una y otra vez con la mirada, la que, a nuestro juicio es la vía ideal de ascensión. Pero hacia el segundo tercio del recorrido la mirada se detiene consternada, pues unos grandes desplomes parecen imposibilitar todo intento de superación por esta parte. Desde donde estamos, no se ve ni el menor agarre, ni la más leve fisura; en aquel lugar todo parece estar absolutamente liso y pulido y nos preguntamos con pesimismo si nos será posible escalar estas rocas que se alzan al cielo con una verticalidad desconcertante y que revelan además por su color un avanzado estado de disgregación.

En ocasiones anteriores, después de la derrota, el despecho nos había hecho exclamar que no sería posible la ascensión de esta constitución de conglomerado, tan desproporcionadas nos parecían sus dificultades con los pobres medios del hombre.

Pero debemos intentarlo una vez más. Lanzamos una última mirada al monolito, ya que una vez comenzada la escalada, los desplomes nos impedirán ver por encima de nuestras cabezas. Pero la ruta ha quedado grabada en nuestra mente y haremos todo lo posible por seguirla.

Los primeros treinta metros son fáciles, pero seis metros antes de llegar a la horquilla comienzan las dificultades. Este tramo se presenta en forma de una estrecha fisura. Me lanzo al ataque, supero la fisura y continúo unos metros por encima de la horquilla, hasta alcanzar un punto donde efectuamos la primera reunión.

PYRENAICA

Es Pedro quien actúa ahora de «leader», tantea la roca y parte. Le veo avanzar con francos y seguros movimientos, no exentos de cierta elegancia, que ocultan el esfuerzo físico.

La roca empieza a ser deleznable, lo que me obliga a volver la cabeza hacia arriba, para ver las piedras que, mi compañero, hace caer en su avance y pasan silbando sobre mi cabeza.

Momentos después oigo el ruido de un martillo y la voz de Pedro. No comprendo lo que dice, debido al fuerte viento reinante, pero supongo que debe estar en un lugar seguro y desea que suba a reunirme con él. Ahora es mi turno; atravieso en diagonal y hacia la izquierda una docena de metros, hasta que me encuentro con una clavija; suelto el mosquetón y continúo. Traspongo un saliente hacia la derecha y otra vez me veo sobre la arista más derecha y vertical que nunca. Entre mis pies, veo, 250 metros más abajo, las negras copas de los árboles, sustituyendo a las tradicionales pedreras. El vacío es absoluto y cuando levanto la cabeza los desplomes me impiden ver a mi compañero. Respiro despacio, por miedo a romper el punto de equilibrio; después desplazo lentamente una mano y busco algún agarre o fisura que me permita continuar, pero los que encuentro son minúsculos, redondeados y poco seguros. ¡Qué contento estaría con encontrar algunos de esos agarres propios de la caliza, de 2 ó 3 centímetros, pero fuertes y seguros! Continúo unos metros más y me reúno con mi compañero.

Nos encontramos en una pequeña plataforma de un metro cuadrado y una inclinación de unos 20°, pero nos parece una terraza comparada con los pasajes vencidos.

CODÉS.

(Foto Luariz-Ayerdi)



PYRENAICA

Paso en cabeza y comienzo a escalar, pero al poco rato me veo obligado a pararme por falta de presas. Observo detenidamente la roca, pero no encuentro ninguna más miserable fisura que me permita colocar un pitón.

Muy lentamente, deslizo centímetro a centímetro, pies y manos, aguantándome en presas diminutas y redondeadas. La emoción hace latir mi corazón fuertemente. Dirijo la mirada hacia abajo para guiar mejor el lento desplazamiento de mis pies y entonces veo el formidable vacío que se abre entre mis piernas, en estas delicadas condiciones supero aún unos metros hasta que consigo plantar un pitón. El seco chasquido del mosquetón al cerrarse sobre la cuerda, me devuelve la seguridad. Ahora ya puedo arriesgarme, en un último esfuerzo hasta una plataforma que veo próxima.

Momentos después nos reunimos y una mirada hacia lo alto nos hace comprender que el final está próximo. Hemos ganado y nos sentimos dichosos.

Trepamos rápidamente a lo largo de la arista, por pasos de poca dificultad y momentos después nos hallamos en la cima, manifestando nuestro júbilo con gritos estentóreos.

Dejamos una tarjeta, bajo el «cairn» tradicional, como testimonio de la escalada a la Hermana Mayor, aunque nuestra ascensión ha sido seguida por unos vecinos del cercano pueblecito de Azuelo. Lanzando una mirada en derredor nuestro, comenzamos el descenso en «rappel», por la ya vía del «Pep».

El material empleado en esta ascensión fue: un cordino de 60 metros, 7 clavijas, 7 mosquetones y 2 mazas.

Escalada efectuada por Angel Landa y Pedro Udaondo, de Bilbao, el día 3 de septiembre de 1956.